El era el perro que Belissan habia comprado por casualidad en Dinan, para sustituir al pobre Ravot que murió reventado.

Aubry le besó en el hocico como á un niño, como á un amigo..... Aubry tenia una lágrima en los párpados... .

—¡Santo Dios! exclamó ya sin contenerse, ¡gracias! ¡Animo, Loys!

Luego, dando á su voz una entonacion fuerte que la hizo resonar como un clarin en medio de la niebla, añadió:

—¡A mí, malandrines! ¡á mí, traidores malditos! ¡Meloir, Pean, Coetaudon, Corson y otros si los hay! ¡venid, venid, venid!

Un clamor, lejano ya, contestó á este llamamiento.

Habian pasado ya de donde estaba Aubry sin verle, y este hubiera podido evitar la lucha.

Pero no era esto lo que él queria.

¿Quién sabe si, mientras peleaba, tendria Reina tiempo suficiente para salvarse?

Con solo ganar algunos minutos se conseguiria quizás la salvacion.

Y luego, con maese Loys á su lado creia seguro el vencer.

Los pasos de los caballos se acercaban; Loys se puso al lado de su amo, con las patas recogidas y firmes y el hocico en la arena.

El nombre de Reina vagó una vez mas por los labios de Aubry y en seguida empuñó su buena espada.

—¡Firme, Loys! dijo.

De improviso se oyó un gran choque de aceros. La arena se enrojeció en torno del carcomido poste cubierto de musgo.

Los perros de Rieux aullaron.

Los hombres de armas blasfemaron.

—¡Firme, Loys, firme Loys! ¡nuestros son!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA N. 11

VII.

El tubo milagroso.

Era aquel un combate singular.

Preciso es decir que Aubry á pié tenia toda la ventaja de su parte, peleando contra los hombres de armas á caballo.

Jóven y ágil, se servia de la niebla como de una máquina de guerra.

Habíase bajado del monton de arena, en el que la niebla era harto clara, y los hombres de armas le siguieron á la parte llana de la playa, á las arenas blandas y movedizas, en donde las patas de sus cabalgaduras se hundian á cada paso.

Aubry era para ellos como un fantasma que aparecia de improviso y desaparecia del mismo modo, para volver á aparecer muy luego.

Pero la espada de Aubry no era una sombra, sino que daba buenos tajos y mandobles. Pean lo sabia, y tambien Corson y Kerbehel, porque los tres tenian ya heridas profundas.

El pobre Corson murmuraba:

—El búfalo de mi jubon se ha convertido en gules.

—¡La espada enarbolada, Corson! le dijo Kerbehel, ó bien podrán blasonar el sitio en que nos hallamos «de sable con cuerpo de heraldo partido en pal.....»

—Acompañado de cuatro malandrines de lo mismo! añadió Corson completando la frase con tono lastimero.

Kerbehel quiso contestar, pero Loys, que habia concluido con Nantois, Leopardo, Tarot y los demás, se precipitó sobre él con las fauces teñidas en sangre y le maltrató cruelmente.

Al propio tiempo caia Pean con la garganta atravesada por la espada de Aubry.

—¡Firme, Loys! ¡firme, Loys! ¡nuestros son!

—¡Ese hombre es el diablo! exclamó Coetaudon, quien daba terribles lanzazos en el vacío.

—¡No por cierto! ¡el perro sí que es el diablo! dijo Kerbehel balbuceando, y casi arrancado de la silla por los esfuerzos y ataques de maese Loys.

—¡Oh, compañeros! dijo Corson con plañidero acento, ¡para nosotros no hay aquí honra ni provecho! ¡No es á este á quien buscamos, sino al viejo Maurever! Corramos en busca suya..... ¡A él! y dejemos á ese jabato que nos está entreteniendo.

El dictámen era bueno.

—¡A él! ¡á él! gritó Kerbehel, gozoso por haber encontrado aquel recurso para efectuar la retirada.

—¡A él! ¡á él!

Y las espuelas se clavaron en los ijares de los caballos.

En aquel tiempo, en ocasiones dadas, las palabras tomaban ya significaciones hábilmente calculadas y disimuladas.

«¡A él!» queria decir entonces: *¡sálvese quien pueda!*

Pero se conservaba la gloria.

Maese Loys dió todavía una carga; Aubry se precipitó por

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA N. L.

vez postrera en medio de la niebla, y luego ambos se tendieron fraternalmente al lado uno de otro, jadeantes, abrumados de cansancio, ¡pero vencedores!

Eran las nueve de la mañana. El sol iba adquiriendo fuerza y disipaba lentamente la niebla.

Un viento leve soplaba de la parte del mar, anunciando la subida de la marea.

Acercábase el momento en que aquella cortina inmensa que ocultaba las playas iba á desgarrarse por completo, ya fuese que se desvaneciera súbitamente con la rapidez de un cambio de decoracion á telon corrido en nuestros teatros modernos, ó que hubiese de aclararse por grados, haciendo que su gasa fuese cada vez mas trasparente, descubriendo los objetos uno por uno, y luchando hasta el último momento con la luz del dia, que al fin habia de quedar victoriosa.

Los diferentes grupos desparramados por los arenales de seguro iban á buscarse, á verse, y á pelear unos contra otros.

En las rocas, que hay junto al Monte San Miguel por la parte de Bretaña, se hallaba formada en buen órden una tropa de hombres de armas.

Detrás de estos habia un caballero mesnadero que llevaba en su coraza el escudo verado y contraverado de oro y de sable de los señores de Ligneville en Contentin.

Tanto él como su reducido batallon permanecian inmóviles, como si hubiesen recibido el encargo de custodiar el Monte y defenderle contra un ataque próximo.

Hácia la misma hora, Corson, Coetaudon y los demás que habian logrado reunir una docena de soldados, seguian las huede Mr. Hue de Maurever.

Detrás de la tropa estacionada en las rocas, el estandarte de San Miguel estaba hincado en tierra, por cima de la bandera de Francia.

Una bocanada de viento disipó la niebla que aun envolvia la base de la roca.

Se vió en la playa á un anciano rodeado de algunas mujeres y labriegos. Casi en el mismo instante se distinguió tambien á los hombres de armas de Meloir.

—¡Adelante! dijo el señor de Ligneville.

La bandera de Francia ondeó al viento mostrando sus largos pliegues plateados.

La tropa bajó á la playa y se situó entre los fugitivos y los hombres de armas.

—¿Qué venis á buscar en los dominios del rey? preguntó Mr. de Ligneville.

— Venimos, por la voluntad de nuestro señor el duque, contestó Corson, á buscar á Mr. Hue de Maurever, reo de alta traicion.

—¿Y traeis licencia para pasar la frontera?

—¡Vive Dios! Mr. de Ligneville, replicó Corson, cuando nuestro señor Francisco salvó á vuestro soberano de las garras de los ingleses, pasó la frontera sin licencia.

Ligneville hizo un ademan y sus soldados se formaron en órden de batalla.

Hue de Maurever pasó por entre las filas y dijo:

—Caballero, si esos hombres quieren retroceder contentándose con mi persona y dejando libres á todos los pobres aldeanos de mis antiguas posesiones, estoy dispuesto á rendirme.

—Entonces pasad el rio de Couesnon, caballero, replicó Ligneville; en el territorio del rey á nadie es lícito rendirse mas que al rey.

Kerbehel, Corson y Coetaudon consultaban entre sí. Al cabo dijeron:

—Nuestro jefe es el caballero Meloir.

—He oido hablar de ese caballero Meloir, contestó Mr. de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

Ligneville; rogadle, por la honra de la caballería, que huya de ponerse al alcance de mi lanza ..... porque el señor abad del Monte San Miguel me ha dado la órden de ahorcarle.

La frente del anciano Maurever se tiñó de rubor.

—¡Por mi Dios! caballero, exclamó, ¡el duque Francisco le ha armado caballero! Os pido satisfaccion de lo que es un insulto para todo el ducado de Bretaña!

—¡Vamos! decian los soldados del monasterio conversando entre sí y riendo, ahora el anciano caballero va á ponerse de parte de sus asesinos y contra nosotros.

Pero Ligneville habia tomado la mano de Maurever y la estrechaba con respeto.

—Si mis palabras os han ofendido, mi señor y digno amigo, dijo, las retracto de todo corazon. Pero no os dejaré, añadió sonriendo, que os porteis con heroísmo con tales bribones. Seria echar perlas á los animales cuyo nombre sabeis. Mr. Hue de Maurever, sois prisionero del rey.

Antes de que el anciano pudiese contestar le habian cogido y conducido á retaguardia de las filas.

—¡Hola! ¡canalla! exclamó Ligneville con rudeza, ahora, ¡fuera de aquí, y pronto!

Dirigíase á los hombres de armas de Meloir.

Estos podian ser, en efecto, hombres de conciencia ancha y poco delicados para la eleccion del servicio que habian de prestar, pero al fin eran bretones.

Aun no habia concluido Ligneville de hablar, cuando el dardo de una ballesta hacia sonar el acero de su casco. Los bretones avanzaron resueltamente hasta que fueron muertos ó cogidos.

Mr. Hue habia preguntado á los soldados del monasterio si sabian que algunos fugitivos hubiesen llegado ya al Monte. Las respuestas de los soldados le tranquilizaron algun tanto respecto

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"

de la suerte de su hija, quien debia hallarse en aquel momento en el recinto de las murallas con Aubry y los hijos de Simon le Priol.

Subieron por la rampa.

Entretanto, Aubry y Juanillo, que eran los primeros que habian llegado al monasterio, aguardaban llenos de ansiedad.

Esperaban que Reina y Simoneta estarian con aquella parte de la caravana.

¡Ay Dios! el pobre Bruno estaba muy de capa caida.

Habia vuelto al redil, poniéndose á disposicion del hermano penitenciario, y ambos hablaron muy sériamente de disciplina.

Fray Bruno tenia el brazo roto, lo cual retrasaba la ejecucion.

—Fray Eustaquio, decia al penitenciario, esto me recuerda la historia de Jacobo Malatesta, de Cosson, cerca de Rennes. Estaba muy enfermo cuando le sentenciaron á ser ahorcado. Le hicieron tomar buenos remedios, le curaron, y despues le ahorcaron.

Afortunadamente para Bruno, la influencia del duque de Bretaña valia muy poco en aquel momento, y el auxilio que habia prestado á Mr. Hue de Maurever se le contó en cierto modo como obra pia.

No le encerraron en un calabozo hasta ver.

Pero, ¡qué diferencia, Dios mio, entre Bruno manejando á Josefina, su linda maza, y Bruno amenazado de disciplina!

Pero no por eso se vaya á creer que estaba amilanado en demasía. Si le hubiesen dicho: « Bruno, fray Bruno, renunciad á referir historias y no sufrireis la disciplina, » hubiera contestado que no redondamente.

Y aun esto le hubiera hecho recordar alguna buena aventura que hubiera contado en el acto con toda la prolijidad posible.

El fué quien antes vió á Mr. Hue subiendo por la cuesta.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA N. L.

Corrió á avisar á Aubry, quien se precipitó al encuentro del anciano.

—¡Reina! exclamaron á un tiempo Mr. Hue y Aubry.

—¿No está en el monasterio? preguntó el anciano caballero.

—¿No la traeis? preguntó Aubry á su vez.

Fué aquel un momento de cruel angustia.

Juanillo, el venturoso Juanillo tenia á Simoneta entre sus brazos; pero cuando oyó que faltaba la señorita Reina, soltó á su amada y dijo:

—¡Voy corriendo á la playa... la marea sube... y es preciso apresurarse!

Maurever y Aubry se estremecieron.

Estas palabras « la marea sube, » les oprimian el corazon.

Aubry estrechó la mano de Juanillo, y dijo:

—¡Ven conmigo!

Pero en vez de bajar á la playa, subió presuroso por la cuesta, y se precipitó á la escalera que conducia á la sala de guardias. Juanillo y Bruno le seguian.

Desde la sala de guardias á la plataforma hay muchos escalones. Aubry llegó á esta en breves instantes. Juanillo no se habia separado de él; pero fray Bruno aun iba dando resoplidos por la escalera.

—¡Uf!... decia, ¡uf! Esto me recuerda la historia de maese Miolaine, el guantero, quien apostó á que subiria al campanario de Coutances mientras Perrin Laugerier, su compadre, se bebiese una pinta de vino de Anjou..... ¡uf!

Cuando llegó á la plataforma, Aubry y Juanillo devoraban ya el espacio con la vista.

Habíase disipado la niebla por completo, y la mirada dominaba la inmensidad de los arenales. Al noroeste se veia la línea azulada del mar que iba subiendo; pero en la playa nada.

Nada mas que un punto oscuro y apenas perceptible, que se observaba al opuesto lado del Couesnon, á la altura de la aldea de San Jorge.

Aubry se lo señaló á Juanillo con el dedo.

—Está demasiado léjos, dijo el pescador de mariscos; no se puede saber.

En seguida añadió:

—Dentro de diez minutos cubrirá el mar aquel punto negro.

Aubry tenia en la frente algunas gotas de sudor frio.

—El señor Juan Connault, el prior de los monjes, que es un gran físico, murmuró fray Bruno, tiene cerca de aquí, en el campanario, un tubo de madera con algunos cristales. Una vez apliqué el ojo á ese tubo y ví..... ¿seria mágia? exclamó interrumpiéndose y santiguándose; ví á las mujeres de Cancale con sus cófias y sus gargantillas, como si de pronto se hubiese adelantado Cancale hácia mí.

—¡Este buen hombre está soñando¡ exclamó Aubry, quien pateaba de impaciencia.

Bruno se precipitó hácia el campanario, y un momento despues bajó con una especie de palo hueco, formado de anillos cilíndricos que encajaban y se metian unos dentro de otros.

Aubry aplicó su ojo á la aventura á uno de sus extremos.

Vió clara y distintamente las vacas que estaban pastando en el monte de Dol.

Un grito de estupor se ahogó en su pecho.

El tubo fué dirigido hácia el punto oscuro que se destacaba sobre la brillante arena.

Esta vez Aubry dejó caer el tubo y se sujetó el pecho con ambas manos.

—¡Reina! ¡Reina!..... dijo, ¡Julian y Meloir!.....

Y á riesgo de romperse el cráneo, se tiró por la escalera de la plataforma

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA N. L.

Los que le vieron pasar por el refectorio y cruzar por la sala de guardias á toda carrera, creyeron que estaba loco.

El caballo del señor de Ligneville estaba atado al pié de la cuesta.

Aubry montó en él de un salto, sin decir una palabra, y le clavó las espuelas.

Muy luego pudieron verle corriendo á escape tendido por la playa. Llevaba en la mano la lanza de Ligneville. Delante de él saltaba un galgo negro, enorme.

Y corrian, corrian..... de tal modo que aquello era un torbellino.

Juanillo habia dicho:

—Dentro de diez minutos cubrirá el mar aquel punto negro.

Y aquel punto negro era Reina.

Las espuelas del caballero iban teñidas en sangre, y corria, corria.....

¡Reina y Meloir!.....

Porque, en cuanto á Julian, con el auxilio del tubo habia visto Aubry á la espada de Meloir sepultarse en sus carnes. ¡Pobre Julian!

—¡Adelante, adelante! Firme, maese Loys.

En la plataforma habia á la sazon una multitud numerosa que rodeaba á Mr. Hue de Maurever, quien estaba arrodillado sobre la piedra y alzaba al cielo sus manos temblorosas.

Seguian con la vista la carrera de Aubry.

¿Llegaria á tiempo?

Juanillo decia para sí:

—¿Por qué permanecen inmóviles el caballero y la señorita, estando tan cerca del mar que va subiendo?

Cogió el tubo á su vez y se tornó tan pálido como un cadáver.

—¡Están cogidos en un remolino de arena movediza!... di-

jo balbuceando; al caballero le llega la arena á la cintura..... y la señorita Reina se hunde..... se hunde.....

La campana del monasterio lanzó al viento sus melancólicos tañidos.

De las galerías superiores bajó una voz.

Aquella voz decia:

—¡Hay desgraciados en peligro en la playa! ¡Orad por los que van á morir!

VIII.

Los arenales.

Cuando por fin la niebla hubo cedido el puesto á los brillantes rayos del sol de junio, el caballero Meloir se encontró solo en las inmediaciones del rio de Couesnon, á dos leguas, por lo menos, de la tierra firme.

El caballero Meloir ignoraba qué se habia hecho su escolta.

Estaba de un humor terrible.

Una cosa, así como un remordimiento, se agitaba en el fondo de su conciencia, porque nada llama tanto al remordimiento como el mal éxito de una empresa.

Ahora bien, el caballero Meloir era un hombre harto prudente para no reconocer que habia frustrado vergonzosamente su empresa.

El sitio y la cacería habian tenido igual resultado.

BIBLIOTECA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA N. 11

—¡Ira de Dios! como decia el buen Meloir, ¡condenar uno su alma cuando se hace á buen precio, pase! ¡Pero entregarse gratis á Satanás, qué locura! ¡Cómo se reirá ese maestro del mal!

A la verdad, en aquel momento de cansancio y de derrota se desvanecia su filosofía, y no estaba Meloir muy léjos de confesar su falta y decir el *Mea culpa*.

Y esto con tanto mas motivo, cuanto que pensaba en el porvenir, en donde veia imágenes aterradoras.

Habia errado el golpe, y su crímen seria castigado.

Meloir decia todo esto en el tono de Orestes, dando gracia á los dioses.

¡Ay Dios! ¡ay Dios! no todo es de color de rosa en la vida de un buen hombre que desea para sus últimos años la tranquilidad, uno ó dos castillos, jaurías, y una mujer á su gusto; en fin, el *aurea mediocritas!*.... y que se ha desviado un poco de la línea recta para alcanzar tan grato resultado.

De pronto distinguió en el opuesto lado del Couesnon á dos labriegos que iban caminando. Se habia apresurado en demasía á perder las esperanzas.

En efecto, uno de aquellos campesinos llevaba una ballesta al hombro, y el otro vestia un traje que despertó algunos recuerdos vagos en la mente del caballero Meloir.

Una piel de carnero atada en forma de bandolera y que parecia haber prestado largos servicios.

Meloir se acordó de aquel guia jóven de larga cabellera á quien habia interrogado inútilmente algunos dias antes, y al que maese Vicente Gueffes tenia tanto empeño en hacer ahorcar.

El pobre niño caminaba dificultosamente. Parecia que le abrumaba el cansancio.

Su compañero y él eran indudablemente fugitivos de la aldea de San Juan de las Playas. Meloir imaginó que podrian darle algunas noticias, y les mandó que se parasen.